

El enigma del futuro palestino

Desde la muerte de Yaser Arafat, el pasado 11 de noviembre en París, la causa palestina se enfrenta a muchas incógnitas, incluida la de su supervivencia. No faltan voces que anticipan una cruenta guerra civil entre las fuerzas palestinas por hacerse con el poder. En más de una ocasión nos hemos referido desde estas páginas a la difícil situación del pueblo palestino, a los intentos frustrados de superación del enfrentamiento prolongado entre Israel y Palestina, a las desacertadas medidas de fuerza de uno y otro contendiente (v. Razón y Fe, julio-agosto 2003, enero 2004). La situación actual bien merece, una vez más, nuestra reflexión, desde cada uno de los ejes presentes en el conflicto, no sólo el de las relaciones Israel-Palestina, sino el de la realidad interior y de la actitud de Estados Unidos y la UE frente a la nueva realidad.

Dos pueblos compartiendo un territorio

El conflicto árabe-israelí de Palestina tiene más de cincuenta años. Este pasado constituye el primer obstáculo para la solución, porque supone un entramado de desconfianza, exilio y muerte difíciles de olvidar.

Desde 1947, cuando Naciones Unidas (Resolución 181) aprobó el **plan de partición, muy desigual, del territorio en dos zonas**, una israelí (el 63 % del territorio) y otra palestina (con dos ciudades internacionales, Jerusalén y Jaffa), la palestina ha ido restringiéndose con la ocupación israelí en continuo avance. A la expulsión de un millón de palestinos en la **primera guerra árabe-israelí** le siguió la creación de **Al Fatah** por Arafat y la **Organización para la Liberación de Palestina (OLP)**; y la situación se agudizó con la **Guerra de los Seis Días**, el **Yom Kipur** (1973), la **Guerra de El Líbano** (1975), las matanzas de Sabra y Shatila (1982, 2.000 palestinos asesinados). El reconocimiento de la OLP por parte de la ONU (1974) no evitó la **Primera Intifada** (1987, 20.000 palestinos muertos) ni los secuestros y matanzas por grupos armados palestinos.

Los intentos pacificadores de la Conferencia de Madrid (1991), de la Casa Blanca (1993) y los Acuerdos de Paz de Oslo que permitieron que en 1994 el líder palestino entrara triunfante en Gaza y se celebraran las primeras elecciones (1996), se vieron abocados al fracaso. Las voces pacificadoras israelíes fueron ahogadas por el ultraortodoxo que asesinó a Rabín, y los palestinos respondieron con más terrorismo. Los pactos no se cumplieron o se rompieron violentamente: el acuerdo con Netanyahu para la retirada de Hebrón (1997); el de Wye River (1998) para la retirada gradual de Cisjordania, congelado dos meses después; el firmado con Ehud Barak (1999). Las negociaciones se interrumpieron definitivamente en el 2000, y la **Segunda Intifada** respondió con ira a la visita del líder del Likud, Ariel Sharon, a la explanada de las mezquitas. Los atentados y venganzas llevan a una espiral en la que la única ley es la del Talión. Sitiado en la «Muqata» desde 2002, Arafat ha demostrado palmariamente su incompetencia para controlar a los suyos; y Sharón, para buscar soluciones pactadas.

Los enemigos internos de los palestinos

Hasta su partida definitiva, el crédito político de Arafat fue mermando ante el mundo. La Administración Palestina ha estado siempre bajo

sospecha **por corrupción** —se calcula que su fortuna personal supera los 1000 millones de dólares— y por **proteger y financiar las estructuras terroristas**. En los territorios ocupados, las organizaciones armadas compiten desde hace tiempo por reclutar seguidores y por promocionarse por la vía de la violencia, por hacer apología del odio contra los judíos. En esta competencia están el **FPLP**, **Hamás**, **Hezbolá** y un sinfín de grupúsculos violentos de imposible control. El movimiento nacionalista de la **OLP** alberga en su seno al **Frente Popular para la Liberación de Palestina**, el **Frente Democrático Popular para la Liberación de Palestina**, el **Comando General y Al Fatah**, de la que a su vez hoy dependen la **Yihad Islámica** y la **Brigada de los Mártires de Al Aqsa**. Agrupaciones violentas que viven por y para la violencia desde el secuestro del vuelo Roma-Tel Aviv de El Al (1968) por el FPLP, de ideología marxista leninista, a cambio de la liberación de quince palestinos prisioneros de los israelíes. Aunque **Al Fatah** y Arafat expresaron en público su rechazo a la acción e insistieron en que su política no era atacar a los civiles sino a objetivos estratégicos de Israel, el secuestro animó a los grupos armados, OLP incluida. Compañías aéreas y petroleras pagaron para evitar futuros secuestros; monumentales robos como el del Banco Británico de Oriente Próximo de Beirut por comandos de Al Fatah y de la Falange Cristiana, en sorprendente alianza; contrabando, tráfico de armas y de drogas, han forjado la economía del terror y el entramado de blanqueo de los fondos ilegítimos en financiación legítima a largo plazo para Al Fatah. Loretta Napoleoni, que interpreta que el terrorismo es ante todo una guerra económica, demuestra que en el avión alquilado en el que se transportó el botín bancario de la OLP hasta Suiza, viajaba Arafat, con lo que pudo independizarse del apoyo de los servicios secretos de Egipto y de Siria que crearon Al Fatah.

Cuando a comienzos de la Guerra del Golfo Arafat dio su apoyo a Sadam Husein, Arabia Saudí, como represalia, puso fin a sus ayudas a la OLP y las destinó a **Hamás**, organización nacida durante la Intifada de los ochenta e inspirada en los **Hermanos Musulmanes** y en la **Yihad islámica** de Egipto y Jordania. **Hamás**, que reclama la

destrucción de Israel y su sustitución por un Estado palestino panislámico “desde el mar Mediterráneo hasta el río Jordán”, llevó a cabo 192 atentados contra Israel en los diez primeros meses de 1992. Enraizada dentro de Gaza y Cisjordania, cuenta con una extensa red de servicios sociales que le permiten mantener escuelas, orfanatos, clínicas y sobre todo mezquitas —su número se ha duplicado en Cisjordania y triplicado en la Franja de Gaza entre 1967 y 1987—; e indemniza a los *mártires* con unos 5.000 dólares por suicida. Con donaciones regulares de Irán, Arabia Saudí y de otros Estados del Golfo, su popularidad es creciente en los barrios más pobres de la Franja, como segundo grupo de poder en los territorios ocupados por detrás de Al Fatah. Muchas aportaciones de redes benéficas de musulmanes del extranjero, como por ejemplo la *Holy Land Foundation*, le permiten adiestrar suicidas y mantener e incrementar el apoyo social a su causa. Para socavar el proceso de paz, Hamás transformó la Intifada en Fitna, su versión violenta, con *escuadrones de la muerte* que interrogan y asesinan a presuntos *colaboradores*.

Hezbollah, el «Partido de Dios», chií radical del Líbano, formado en 1982, es patrocinado sobre todo por Irán, cuenta con artillería pesada, intenta establecer su base de apoyo popular en el sur del Líbano con la *Yihad al Hoed* («santo esfuerzo por la reconstrucción»), que financia la de los inmuebles destruidos por el ejército israelí y paga 25.000 dólares a las familias de los *mártires suicidas*.

La **corrupción** generalizada es propia de un Estado embrión, fuertemente jerarquizado, como el de la actual Palestina: quien controla el monopolio de la violencia y la economía de guerra, que son las bases de este tipo de Estados, establece las reglas; la persona que conquista esos monopolios mediante la violencia o el dinero se convertirá en el nuevo gobernante. Es más, es el *modus operandi* de las instituciones, y ha desencadenado varias crisis de gobierno, pero, lejos de desaparecer o corregirse, ha ido creciendo. Baste recordar el escandaloso registro de medicamentos que Jamil Tarifi, ministro de Asuntos Civiles de Arafat y negociador clave con Israel durante el proceso de paz, llevó a efecto, sin garantías sanitarias, en beneficio de su propia compañía de distribución

farmacéutica. Los desvíos de fondos de la ayuda al pueblo palestino son escandalosos: el FMI calcula en más de 750 millones de euros lo desviado a cuentas en el extranjero de la ANP entre 1997 y 2003. Existe documentación suficiente sobre crímenes perpetrados por personas vinculadas a los servicios de seguridad, incluidos los miembros del *escuadrón de la muerte* desde hace años. El *Centro Palestino por los Derechos Humanos de Gaza* denuncia que son las propias fuerzas de seguridad la causa de gran parte de la inestabilidad interna. Secuestros, extorsión, comercio ilícito, enfrentamientos armados entre unidades rivales de la policía, y la sensación de que todo puede resolverse por las armas son el tono habitual de la vida de los palestinos.

El problema tiene, según el *Centro Palestino para la Democracia y la Resolución de Conflictos*, un doble origen: la ocupación y la propia actuación de la ANP. «Los israelíes destrozaron cárceles, comisarías...humillaron a la Autoridad y la gente dice: *no hay autoridad, pues hago lo que me de la gana*. Por ello hay un incremento terrible de infracciones como, por ejemplo, construir sin permisos, en terrenos públicos, y las diferencias entre clanes se resuelven a tiros». Existe una psicosis colectiva de inseguridad y el primer desafío de la ANP es actuar de manera contundente, perseguir a los que están fuera de la ley, depurar las fuerzas de seguridad corruptas. Como se ve, los grupos continúan en activo y con mucha más virulencia en este momento en que ven la posibilidad de hacerse con todo el poder; y la ANP no ofrece muchas perspectivas de enmienda.

El eje exterior

La comunidad internacional garantizó la permanencia de Arafat en el poder porque creyó que sólo el *rais* era capaz de liderar un complicado proceso de paz en el que se comprometieran también las facciones armadas palestinas. Su legado lo desmiente. El rechazo de Arafat a los acuerdos de *Camp David* en 2000, demostró que las expectativas no se correspondían con la realidad. La paciencia de EE UU se colmó cuando en 2002 fue interceptado un barco relacionado con las fuerzas de

seguridad palestinas cargado con explosivos y armas ilegales de contrabando. Washington forzó una reestructuración de la Administración palestina dentro de un nuevo plan de paz para Oriente Próximo conocido como *Hoja de Ruta*, lo que llevó al nombramiento de Abu Mazen como primer ministro. Arafat se negó a perder el control de los servicios de seguridad, lo que precipitó la dimisión de Abu-Mazen. En septiembre de 2003, Abu Ala asumió el cargo de primer ministro y de nuevo las graves diferencias sobre el reparto de funciones pusieron en peligro el Gobierno palestino.

Durante años Sharón ha fundado su rechazo a las negociaciones con la excusa de no contar con un interlocutor válido. Ahora que Arafat no está, Israel, y especialmente Sharón, que no representa el sentir de todos los judíos en esta cuestión pero ostenta en estos momentos la responsabilidad política del Estado, deben pensar en reactivar los programas de paz inconclusos e inválidos. Para ello, ha que acabar con los asesinatos selectivos, con los ataques indiscriminados a edificios y personas civiles, con el vergonzoso muro de separación entre Israel y Cisjordania —hasta ahora, casi 300 kms construidos que se adentran 22 kms en tierra palestina— que se levanta con la excusa de la necesaria protección de ataques terroristas, pero que fue desautorizado por la UE y por el mundo entero por tratarse de un medio de marginación y de expolio para ahogar al pueblo palestino. Olivos arrancados, hectáreas de cultivo arrasadas, pozos de agua aislados de la comunidades que los utilizan, destrucción de acueductos, casi un millón de palestinos separados de sus trabajos y colegios, pueblos encerrados entre el muro y la *línea verde* son algunos de los resultados de esta obra costosa para todos, pero más para la paz. Un nuevo éxodo palestino ha comenzado de nuevo, las colonias judías se consolidan y, al menos hasta ahora, no parece que el expolio se detenga. Sharón no es ni mucho menos un interlocutor óptimo —lo demuestran Sabra y Shatila, el boicot a todos los planes y misiones de paz, como las de Anthony Zinni, del príncipe Abdullah de Arabia, etc.— y su continuidad no permite esperar por este frente la solución.

Por eso, los organismos internacionales deben intensificar su acción, porque del lado Israelí, especialmente mientras dure el mandato de este

general incapaz de pensar en términos que no sean bélicos, el conflicto palestino seguirá abierto y contaminando las relaciones políticas de territorios mucho más extensos que Gaza o Cisjordania. Abandonar el fundamentalismo belicista por ambas partes es lo primero. Los *Acuerdos de Ginebra* podrían ofrecer la creación de un Estado palestino independiente y democrático, que se comprometiera a combatir el terrorismo y dismantelara sus milicias y grupos armados, con la retirada israelí de Gaza y parte de Cisjordania, y una capital compartida en Jerusalén. Estos acuerdos podrían complementar la *Hoja de Ruta* en el camino hacia la paz. Además, se restaría argumentos y tal vez fuerza al terrorismo islámico, que esgrime la causa palestina como propia, cuando en realidad son muchas y muy distintas sus verdaderas motivaciones.

¿El futuro?

El futuro del Estado palestino es sombrío e incierto. Los grupos armados que siguen actuando, la corrupción en la base misma de la ANP, los intereses económicos que genera el conflicto mismo del Estado *embrión*, el fundamentalismo islamista en expansión que lo sustenta, la pobreza de una población hacinada y desocupada (60 % de la población total vive bajo el umbral de la pobreza): todo anuncia dificultades sin límite para la consolidación democrática pacífica. Estas condiciones son el caldo de cultivo para el resentimiento que alienta a los suicidas y a sus familias. Hasta los niños sueñan con convertirse en *mártires de Alá*, lo que es revelador de la desesperación de la sociedad y de que el futuro, por mucho tiempo, no presagia más que fanatismo.

La incertidumbre es tanta, que a algunas noticias medianamente alentadoras, les suceden, en estos días, otras de signo contrario. La aceptación, tras difíciles negociaciones, de la actual comisión gubernamental que anuncia reformas en materia de seguridad y petición de cuentas a los responsables corruptos de la Autoridad Palestina son seguidas por medidas como la del actual responsable de Seguridad Preventiva, Rashid Abu Shbak, que disolvió la unidad de agentes

conocida como *escuadrón de la muerte* pero con el anuncio de que serían «distribuidos» en otras agrupaciones de seguridad.

La convocatoria de las elecciones del 9 de enero contó primero con la renuncia como candidato del líder Barghuti, que purga una pena de prisión a perpetuidad en Israel, y su anuncio de respaldo a Mahmud Abas; para pasar luego a decir que piensa presentarse como candidato, con lo que se abre una lucha encarnizada por el poder en Al Fatah. Respecto del eje exterior, es una excelente noticia el propósito de revitalizar *La Hoja de Ruta*, el plan de paz del Cuarteto constituido por Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y la ONU, que quedó en papel mojado con Arafat y Sharón, pero el contexto nos sume en la incertidumbre sobre el final de las buenas intenciones.

Aquí cabe a Estados Unidos la responsabilidad de reorientar su histórico e incondicional apoyo a Israel y su ignorancia de la suerte del pueblo palestino. Y a la ONU y a la UE, aportar una visión lo más objetiva posible para contribuir a la pacificación. Algo mucho más difícil aún, pero imprescindible, sería comprometer en el proceso de paz a los países árabes que desde hace décadas apoyan con armas, adiestramiento y fondos al terrorismo palestino. Pero en primer lugar, será fundamental que palestinos y colonos judíos renuncien a muchas de sus inflexibles pretensiones, y que el terrorismo deje de ser una realidad sangrante que da argumentos a quienes han hecho de la fuerza su única razón. A la luz de los hechos y del pasado doloroso que lo ensombrece todo, las esperanzas de un cambio positivo son lamentablemente más bien escasas, por no decir exiguas. ■